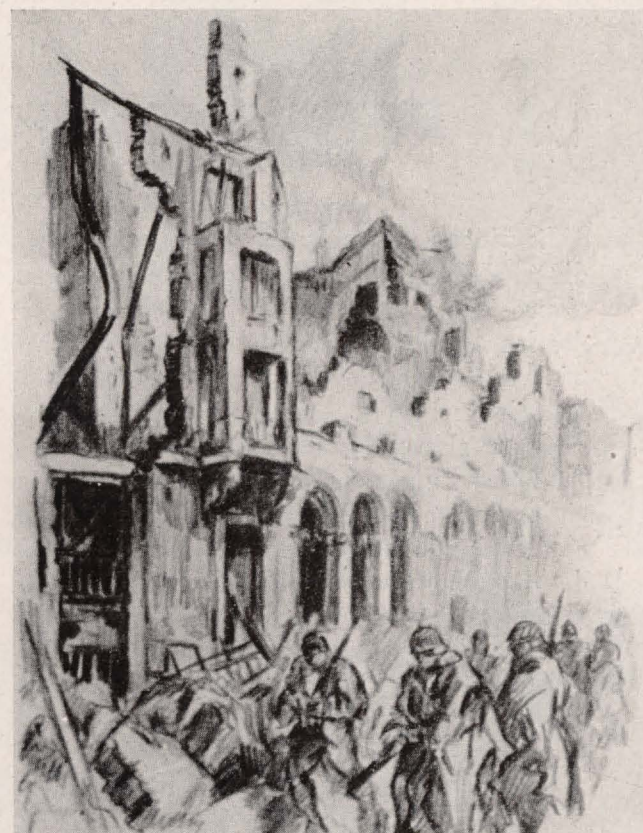
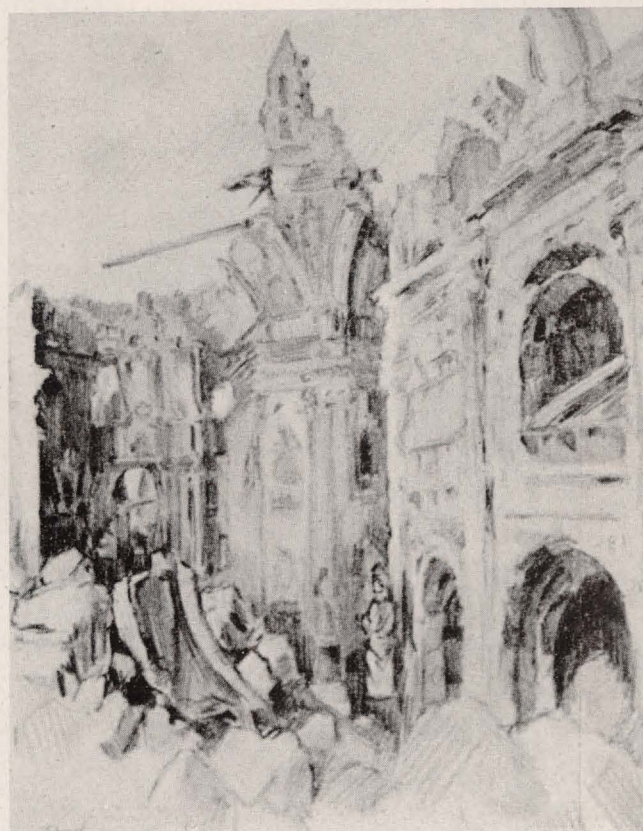


despreocupado, y Sarabia, petulante y ególatra, con ínfulas de gran jefe de Estado Mayor por sus estudios en las escuelas francesas, volcaron toda su fuerza sobre el núcleo habitado de la ciudad. De este modo, los estragos fueron horribles. Cuando Franco ordenó a sus generales la reconquista de lo perdido, podía haberse empleado nuestra potencialidad en aire y tierra contra los mismos reductos enemigos situados en el interior de Teruel. No se hizo así. Por el contrario, buscáronse las alturas fortificadas —Mansueto y Muletón—, donde si bien era mucho más enconada la lucha —a veces cuerpo a cuerpo—, la gloria de morir y de vencer se lograba a campo abierto y en noble lid.

Tres veces, acabada la guerra, he vuelto a Teruel. Todo está ya casi igual. Abundan, claro, los pañuelos y crespones, que nos recuerdan los nombres heroicos de los que se sacrificaron. Pero la ciudad recobró su aire amable de siempre; las calles apretadas en algarabía de trazos musulmanes y las mansiones limpias, el bullir de artesanos en la obra magnífica de la reconstrucción, todo nos evidencia la acertada labor de Franco. Hasta las aguas del Turia, de un tono verde jade, acompañan con su rumor indeciso a los hombres y a las mujeres de este pedazo de España, que, después de la Victoria y en la Paz, emplean sus brazos y sus corazones en la obra común de borrar las llagas. Todos, agrupados siempre en torno a los soldados de España. Teruel no podrá olvidar nunca que fueron éstos quienes le devolvieron la sonrisa.

MARTÍN ABIZANDA.

Madrid, septiembre de 1940.



*Dos ilustraciones de "Kemer" (A. Reque Meruvia) sobre la liberación de Teruel.*